

# Mi Antonia

*Willa Cather*



A los diez años Jim Burden pierde a sus padres y deja su Virginia natal para trasladarse a casa de sus abuelos en Nebraska. En el viaje conoce a Antonia, cuatro años mayor que él, hija de una familia de emigrantes bohemios en busca de la tierra de las oportunidades. Nebraska podía representar aún, a fines del siglo XIX, ese sueño; pero los Burden llevan años asentados allí y, para ellos, que son de origen anglosajón y se consideran genuinamente «americanos», hay algo definitivamente espurio y «distinto» en las nuevas oleadas de inmigrantes escandinavos y centroeuropeos. El pequeño Jim descubre, pues, que, pese a ser vecinos, él pertenece a un mundo al que Antonia no pertenece, y que el de ésta es infinitamente más precario y atribulado. Su amistad se impondrá, sin embargo, a los prejuicios de los hombres y a los golpes del destino; de la infancia a la madurez, será para ambos un referente necesario y un vínculo irrompible.

*Optima dies... prima fugit.*

VIRGILIO

*Para Carrie e Irene Miner  
En recuerdo de un afecto antiguo y sincero*

## INTRODUCCIÓN

El verano pasado, durante un período de intenso calor, Jim Burden y yo atravesamos Iowa casualmente en el mismo tren. Somos viejos amigos, crecimos juntos en la misma población de Nebraska, y teníamos mucho de que hablar. Mientras el tren recorría interminables kilómetros de campos de trigo maduro, dejando atrás pueblos, pastos cubiertos de flores vistosas y robledales mustios por el sol, nos sentamos en el vagón panorámico, donde la madera estaba caliente al tacto y una gruesa capa de polvo rojo lo cubría todo. El calor y el polvo, el ardiente viento, nos recordaron muchas cosas. Charlábamos sobre lo que significa pasar la infancia en poblaciones como éstas, enterradas entre trigo y maíz, padeciendo los estimulantes extremos del clima: veranos abrasadores en los que la tierra verde y fértil yace bajo el cielo fulgente, y uno se ahoga casi en vegetación, en el color y el olor de la densa maleza y las cosechas ubérrimas; inviernos borrascosos con poca nieve, cuando la tierra toda queda pelada y gris como una plancha de hierro. Convinimos en que era preciso haber crecido en una pequeña población de la pradera para saber lo que era aquello. Era una especie de francmasonería, dijimos.

Aunque tanto Jim Burden como yo vivimos en Nueva York, allí no solemos coincidir. Él es abogado de una de las grandes compañías de ferrocarriles del Este y a menudo pasa semanas enteras lejos de su despacho. Ésta es una de las razones por las que apenas nos vemos. Otra razón es que a mí no me gusta su mujer. Es atractiva, vital, enérgica, pero a mí me parece fría e incapaz, por temperamento, de

entusiasmarse. Los gustos apacibles de su marido la irritan, creo, y considera que vale la pena desempeñar el papel de mecenas de un grupo de jóvenes pintores y poetas de ideas avanzadas y talento mediocre. Tiene una fortuna propia y vive su propia vida. Por alguna razón, desea seguir siendo la señora de James Burden.

En cuanto a Jim, las decepciones no le han hecho cambiar. El carácter romántico, que a menudo le hacía parecer muy divertido cuando era adolescente, ha sido uno de los elementos fundamentales de su éxito. Ama con pasión el gran país que su ferrocarril atraviesa con múltiples ramales. Su fe en él y sus conocimientos sobre él han desempeñado un importante papel en su desarrollo.

Durante aquel caluroso día en que atravesábamos Iowa, nuestra conversación volvía una y otra vez a centrarse en una figura crucial, una chica de Bohemia<sup>[1]</sup> a la que ambos habíamos conocido hacía mucho tiempo. Ella, más que ninguna otra persona a la que recordáramos, parecía encarnar el país, las condiciones de vida, la aventura de nuestra infancia. Yo le había perdido la pista por completo, pero Jim había vuelto a verla después de muchos años, y había renovado una amistad que significaba mucho para él. Aquel día, sus pensamientos estaban llenos de ella. Hizo que yo también volviera a verla, a notar su presencia, a revivir el antiguo afecto que le tenía.

«De vez en cuando me dedico a escribir todo lo que recuerdo sobre Antonia —me dijo—. En el curso de mis viajes a lo largo y ancho del país, me distraigo con ello en mi compartimento.»

Cuando le dije que me gustaría leer su relato, me aseguró que lo leería... si llegaba a terminarlo.

Meses más tarde, en una tempestuosa tarde de invierno, Jim vino a verme a mi apartamento con una carpeta en la mano. Entró en la sala de estar con ella y dijo, mientras se frotaba las manos para calentarlas:

«Aquí tienes lo de Antonia. ¿Todavía quieres leerlo? Lo acabé anoche. No lo he corregido; simplemente me he limitado a escribir todo lo que su nombre me recuerda. Supongo que no tiene forma alguna. Ni tampoco título.» Entró en la habitación contigua, se sentó a mi escritorio y escribió en la cara superior de la carpeta la palabra «Antonia». La miró un momento con el entrecejo fruncido, luego añadió otra palabra, convirtiéndolo en «Mi Antonia». Esto pareció dejarlo satisfecho.

# PRIMER LIBRO

## LOS SHIMERDA



## I

Oí hablar de Antonia<sup>[2]</sup> por primera vez en lo que me pareció un viaje interminable a través de la gran llanura central de Norteamérica. Entonces tenía yo diez años; había perdido a mi padre y a mi madre en el intervalo de un año, y mis parientes de Virginia me enviaron a casa de mis abuelos, que vivían en Nebraska. Viajaba al cuidado de un chico de la frontera, Jake Marpole, uno de los «peones» de la vieja granja de mi padre, al pie de los Montes Azules, que iba al Oeste a trabajar para mi abuelo. Jake no tenía mucha más experiencia del mundo que yo. Jamás había subido a un tren hasta la mañana en que partimos juntos para probar fortuna en un nuevo lugar. Hicimos todo el camino de día, sintiéndonos más pegajosos y sucios con cada nueva etapa del viaje. Jake compraba todo lo que le ofrecían los vendedores de periódicos: caramelos, naranjas, botones de latón para cuellos, un amuleto para colgar del reloj y, para mí, una biografía de Jesse James, que recuerdo como uno de los libros más satisfactorios que he leído en mi vida. Más allá de Chicago estuvimos bajo la protección de un amable revisor, que lo sabía todo sobre el país al que nos dirigíamos y que nos dio muchos consejos a cambio de nuestra confianza. A nosotros nos pareció un hombre experimentado que había estado en casi todas partes; en su conversación introducía como si tal cosa nombres de estados y ciudades distantes. Llevaba anillos e insignias de varias fraternidades a las que pertenecía. Hasta los gemelos de los puños los llevaba grabados con jeroglíficos, y se le veían más inscripciones que a un obelisco egipcio.

En una ocasión de las que se sentó con nosotros a charlar, nos dijo que en el vagón de inmigrantes que había más adelante viajaba una familia de «allende los mares», cuyo destino era el mismo que el nuestro.

—No hay ninguno que hable inglés, excepto una niña, y todo lo que sabe decir es: «Ir Black Hawk<sup>[3]</sup>, Nebraska». No es mucho mayor que tú, tendrá unos doce o trece años, y se la ve tan brillante como un dólar nuevo. ¿No quieres ir a verla, Jimmy? ¡Tiene unos bonitos ojos castaños, además!

Este último comentario me volvió vergonzoso; meneé la cabeza y me sumergí en mi libro de Jesse James. Jake asintió, mostrando su aprobación, y dijo que con los extranjeros lo más probable es que le contagiaran a uno alguna enfermedad.

No recuerdo haber cruzado el río Misuri, ni nada de lo que vimos durante el largo día que tardamos en atravesar Nebraska. Seguramente habíamos cruzado ya tantos ríos que me aburrían. Lo único realmente destacable de Nebraska fue que no dejó de ser Nebraska en todo el día.

Llevaba mucho tiempo dormido, hecho un ovillo en un asiento de felpa roja, cuando llegamos a Black Hawk. Jake me despertó y me cogió de la mano. Bajamos del tren a trompicones y nos encontramos en un apartadero de madera por el que iban y venían corriendo unos hombres con faroles. No vi población alguna, ni siquiera luces distantes; reinaba una oscuridad impenetrable. La locomotora jadeaba trabajosamente tras su larga carrera. Al rojo resplandor de la caldera vi un grupo de gente apiñada en el andén, rodeada de cajas y bultos. Comprendí que debía de ser la familia de inmigrantes de la que nos había hablado el revisor. La mujer llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo con flecos y en los brazos sostenía una pequeña caja de hojalata, que acunaba como si fuera un bebé. Había un hombre viejo, alto y encorvado. Dos chicos adolescentes y una niña llevaban sendos bultos de hule, y una niña pequeña se aferraba a las faldas de su madre. Al poco se acercó a ellos un

hombre con un farol y les habló profiriendo gritos y exclamaciones. Agucé los oídos, pues desde luego era la primera vez que oía hablar en una lengua extranjera.

Se acercó otro farol. Una voz burlona nos preguntó:

—Hola, ¿sois vosotros los familiares del señor Burden? Si es así, es a mí a quien buscáis. Soy Otto Fuchs. Soy jornalero del señor Burden y voy a llevaros a su casa. Hola, Jimmy, ¿no te da miedo venirte tan al Oeste?

Alcé la vista con interés hacia aquel rostro nuevo a la luz del farol. Aquel hombre parecía salido de las páginas de Jesse James. Llevaba sombrero mexicano, con una ancha tira de cuero y una hebilla reluciente, y un mostacho con las puntas rígidas y retorcidas hacia arriba, como cuernos pequeños. Tenía un aire vivaz y fiero, pensé, como si tuviera un turbio pasado. Una larga cicatriz le cruzaba la mejilla y levantaba la comisura de la boca en una mueca siniestra. Le faltaba un trozo a la parte superior de su oreja izquierda y tenía la piel tan tostada como la de los indios. No cabía la menor duda de que era el rostro de un forajido. Cuando se paseó por el andén con sus botas de tacones altos, buscando nuestros baúles, vi que era un hombre enjuto y nervudo, rápido y de pies ligeros. Nos dijo que teníamos un largo camino por delante durante la noche y que haríamos bien en emprender la marcha. Nos condujo hasta un poste al que había atados dos carros; vi que la familia extranjera se amontonaba en uno de ellos. El otro era para nosotros. Jake se sentó en el pescante con Otto Fuchs y yo viajé sobre la paja dentro del carro, tapado con una piel de búfalo. Los inmigrantes se alejaron rodando con estrépito, adentrándose en el negro vacío, y nosotros fuimos detrás.

Intenté dormir, pero las sacudidas hacían que me mordiera la lengua, y pronto empezó a dolerme todo el cuerpo. Cuando la paja se aplanó, mi cama se volvió muy dura. Salí cautelosamente de debajo de la piel de búfalo, me puse de rodillas y me asomé por un costado del carro. No parecía haber nada a la vista; no había vallas, ni árboles ni

arroyos, no había campos ni colinas. Si existía una carretera, yo no pude distinguirla bajo la tenue luz de las estrellas. No había nada más que tierra: no era un país, sino el material del que están hechos los países. No, no había nada más que tierra... ligeramente ondulada, eso sí que lo sabía, porque las ruedas chirriaban a menudo al frenar cuando bajábamos hasta el fondo de una hondonada y volvíamos a subir dando bandazos por el otro lado. Tenía la sensación de que dejábamos atrás el mundo, de que habíamos traspasado sus límites y nos encontrábamos fuera de la jurisdicción de los hombres. Hasta entonces no había alzado jamás la vista sin ver la silueta familiar de una cadena montañosa recortada en el cielo. Pero allí había, sencillamente, la bóveda celeste. No creía que mis difuntos padres me estuvieran contemplando desde allá arriba; seguirían buscándome en el aprisco, junto al arroyo, o a lo largo del blanco sendero que conducía a los pastos de la montaña. Incluso a sus espíritus los había dejado tras de mí. No creo que sintiera añoranza. No importaba que no llegáramos a ninguna parte. Entre aquella tierra y aquel cielo, me sentía borrado. No recé mis oraciones aquella noche: me pareció que, allí, lo que tuviera que ser, sería.

## II

No recuerdo nuestra llegada a la granja de mi abuelo, poco antes de despuntar el día, después de un trayecto de treinta kilómetros en un carro tirado por recios caballos de labor. Me desperté por la tarde en una pequeña habitación, apenas más grande que la cama en que me hallaba acostado, y un cálido viento hacía batir suavemente la persiana de la ventana junto a mi cabeza. Una mujer alta con la piel curtida y los cabellos negros me contemplaba; comprendí que debía de ser mi abuela. Noté que había estado llorando, pero sonrió cuando abrí los ojos; me miró con preocupación y se sentó a los pies de la cama.

—¿Has dormido bien, Jimmy? —preguntó con tono enérgico. Luego, en un tono muy diferente, añadió, como si hablara consigo misma—: ¡Dios mío, cómo te pareces a tu padre! —Recordé que mi padre había sido su hijo; seguramente lo había despertado a menudo de aquella misma forma cuando dormía más de la cuenta—. Aquí tienes tu ropa limpia —continuó, acariciando la colcha con la mano morena mientras hablaba—. Pero primero baja a la cocina conmigo y date un buen baño caliente detrás de los fogones. Tráete tus cosas; no hay nadie más.

La idea de «bajar a la cocina» me resultó extraña; en mi casa había que «salir a la cocina». Cogí los zapatos y los calcetines y la seguí por la sala de estar y por una escalera hasta el sótano. Éste estaba dividido en un comedor, a la derecha de la escalera, y una cocina, a la izquierda. Ambas estancias tenían las paredes enlucidas y encaladas; el revoque se había aplicado directamente a las paredes de tierra,

como solía hacerse en las chozas. El suelo era de cemento duro. Arriba, junto a las vigas de madera del techo, había unos ventanucos con cortinas blancas y unos tiestos de geranios y unas tradescantias en los anchos alféizares. Al entrar en la cocina percibí un agradable aroma a pan de jengibre cociéndose. La cocina de fogones era muy grande, con brillantes adornos de níquel, y detrás de ella había un largo banco de madera contra la pared y una tina que la abuela llenó de agua fría y caliente. Cuando me traje el jabón y las toallas, le dije que estaba acostumbrado a bañarme solo.

—¿Sabes lavarte las orejas, Jimmy? ¿Estás seguro? Bueno, pues desde luego eres un muchachito muy listo.

La cocina era muy agradable. El sol que entraba por el ventanuco del Oeste se reflejaba en el agua de mi baño, y un gran gato maltés se acercó y se frotó contra la tina, observándome con curiosidad. Mientras me frotaba, mi abuela estaba ocupada en el comedor, hasta que la llamé con gran inquietud.

—¡Abuela, creo que el pan se está quemando! —Entonces llegó ella riendo y agitando el delantal como si espantara gallinas.

Era una mujer alta y enjuta, un poco encorvada, y era propensa a adelantar la cabeza en actitud atenta, como si contemplara o escuchara algo distante. Cuando me hice mayor, llegué a la conclusión de que se debía únicamente a que pensaba muy a menudo en cosas que a los demás se nos escapaban. Caminaba deprisa y todos sus movimientos eran enérgicos. Tenía una voz aguda y algo chillona, y con frecuencia hablaba con entonación preocupada, pues sentía un exagerado deseo por que todo se hiciera con el debido orden y decoro. También su risa era aguda, y quizá algo estridente, pero dejaba traslucir una inteligencia despierta. Tenía entonces cincuenta y cinco años de edad y era una mujer fuerte, de una inusitada resistencia.

Una vez vestido, exploré la amplia despensa contigua a la cocina. Estaba excavada bajo el ala de la casa, con las

paredes enlucidas y el suelo de cemento, con una escalera y una puerta que daba al exterior, por la que entraban y salían los hombres. Debajo de una de las ventanas tenían un lugar para lavarse cuando llegaban de trabajar.

Mientras mi abuela preparaba la cena, me acomodé en el banco de madera que había tras los fogones y trabé amistad con el gato; me enteré de que no sólo cazaba ratas y ratones, sino también ardillas de tierra. El rectángulo de luz que dibujaba un rayo de sol en el suelo fue desplazándose hacia la escalera mientras charlaba con mi abuela sobre el viaje y sobre la llegada de la familia de Bohemia; me dijo que serían nuestros vecinos más próximos. No mencionamos la granja de Virginia, que había sido su hogar durante muchos años. Pero cuando los hombres llegaron del campo y nos sentamos todos a la mesa para cenar, preguntó a Jake por su antiguo hogar y por los amigos y vecinos que había dejado allí.

Mi abuelo habló poco. Me dio un beso al llegar y me habló con amabilidad, pero no era una persona efusiva. Me percaté enseguida de su carácter reflexivo y digno, y me sentí algo intimidado. Lo primero que llamaba la atención en él era su hermosa barba rizada, blanca como la nieve. En una ocasión oí comentar a un misionero que era como la barba de un jeque árabe. Su cabeza calva no hacía sino realzarla más.

Los ojos del abuelo no eran en absoluto los de un viejo; eran de un vivo color azul y lanzaban fríos destellos. Tenía los dientes blancos, regulares, y tan sanos que no había necesitado ir al dentista en toda su vida. El sol y el viento maltrataban con facilidad su cutis delicado. De joven, tenía los cabellos y la barba de color rojo; las cejas aún conservaban el tono cobrizo.

En la mesa, Otto Fuchs y yo no dejamos de mirarnos a hurtadillas. Mientras preparaba la cena, la abuela me había contado que era austríaco, que había llegado al país siendo muy joven y que había llevado una vida aventurera en el le-